

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS
LO QUE NO SE VE

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: septiembre de 2025

© Cristina Fernández Cubas, 2025

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-655-5

Depósito legal: B. 11.799-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Tú Joan, yo Bette	11
¿De qué se habla en las fiestas?	39
Momonio	59
La hermana china	89
Il Buco.	105
Candela Viva.	143

Son ya viejas. Dos hermanas viejas que viven juntas. Se llevan pocos años y, en otros tiempos, una fue morena y la otra rubia, pero, a medida que las canas recubren su cabello, van borrándose las diferencias y se parecen cada vez más. A menudo la cabeza les juega alguna que otra mala pasada. Confusiones, equívocos, mezcla entre sueños y realidad... A una de ellas, por lo menos. Lo que no queda claro es a quién. Para Joan la culpable de todo siempre será Bette. Para Bette, acostumbrada desde hace tiempo a su papel de maligna, es únicamente Joan, la mayor, quien está completamente demenciada. Un día se lo dice: «Necesitas ayuda». Una fórmula que conoce de las películas y que le cuesta lo suyo pronunciar. Hubiera preferido espetarle: «¡Chalada!», «¡Ida!», «¡Chiflada!». O encerrarla en su habitación y dejarla sin comer durante unos días. Pero termina acudiendo a esa fórmula tan correcta tal vez sólo para incidir en lo fundamen-

tal: necesita ayuda. Y la ayuda es ella, Bette. Joan no está imposibilitada, como la Crawford de la cinta, pero se ha metido tanto en el personaje que le gusta desplazarse por el pasillo en silla de ruedas con cara de infelicidad. El pasillo está repleto de cuadros, daguerrotipos y espejos de marcos tallados. Igual a como lo dejaron sus padres; no han tocado nada. Pero Joan mira siempre hacia el frente. No le importan los cuadros, los daguerrotipos le dan miedo y le molesta mirarse en los espejos. Es duro aceptar los estragos que el tiempo imprime en la piel, pero hay algo peor. A ratos, el rostro que le devuelve el azogue se parece demasiado al de su hermana Bette. Hubo un día, incluso, en que se creyó Bette. Aunque de esto hace ya algún tiempo.

De pequeña Bette adoraba a Joan y quería ser como ella. Pero ella, ocupada siempre en sus cosas de hermana mayor, no le hacía el menor caso. Tuvo, pues, que esperar a la adolescencia para que Joan empezara a tomarla en cuenta. ¡Y vaya si la tomó en cuenta! Se hicieron amigas, inseparables y confidentes, reían juntas de cualquier cosa, lo pasaban en grande y se aliaban para defenderse de sus padres, tan serios y severos ellos. Los colores alegres con los que pintaron su dormitorio de jovencitas contrastaban drásticamente con la oscuridad del pasillo y los tenebrosos papeles pintados que recubrían las paredes de la vivienda. Un piso de los de antes, amplio y silencioso, donde persianas

y pesadas cortinas se encargaban de impedir la entrada del sol. Entonces lo odiaban; ahora no podrían vivir en otro lugar.

A las dos les gustaba el cine. También a sus padres. Casi todos los domingos, después del almuerzo, el recuerdo de algunas películas acaparaba una sobremesa que solía prolongarse hasta el atardecer. Aquéllos eran los momentos más bonitos del día. Los padres dejaban de ser padres, aparcaban su severidad, compartían ocurrencias y se unían, incluso, al juego de «¿Y qué pasa después de la palabra “FIN”?». Luego, llegada la hora de encender lámparas y recoger la mesa, el padre se encerraba en su despacho y la madre en su gabinete. El día volvía a ser como todos los días. El padre enfrascado en su trabajo y la madre retomando la eterna rutina de tejer jerséis y bufandas de lana. A pares. Dos bufandas o dos jerséis exactamente iguales. Como si supiera ya que Joan y Bette (que todavía no se llamaban Joan y Bette), tan distintas entre sí, tan morena una y tan rubia la otra, terminarían, con el tiempo, convirtiéndose en gemelas.

Así era su vida entonces. Monótona, aburrida. En un viejo piso de pasillos en sombras y alcobas en las que no entraba el sol. A excepción de su dormitorio, lleno de luz, y de las animadas sobremesas de esos domingos en los que caía la tarde y encendían la araña del comedor. Pero tuvo que ser, precisamente, una película la visita inesperada que se adueñaría de la casa,

derruiría paredes y alteraría costumbres. No hace falta recordar el título. Es un clásico ya; desde hace mucho. Ellas la vieron primero. Poco después, sus padres. Y ocurrió que la cinta, el cine, dejó de limitarse desde entonces a alguna que otra sobremesa de domingo para expandirse por toda la casa. El largo pasillo se erigió en el set preferido de la acción. La hermana morena pasó a llamarse Joan; la rubia, Bette. Poco importa ahora cuáles fueron sus nombres verdaderos ni tampoco si las iniciales de los adoptados coincidían con las de los originales. La elección fue inmediata y espontánea. Y enseguida empezó el juego. Los juegos. *Tableaux vivants* que a veces adquirían sonido y movimiento. Un vestido antiguo de la madre, una peluca rescatada de un altillo, colorete y maquillaje exagerado para Bette; polvos de arroz para acentuar la palidez mortecina de Joan; un viejo triciclo, oculto bajo una manta negra, simulando una silla de ruedas. La transformación las dejó a ellas mismas boquiabiertas. Y la primera vez que entraron en acción no se contentaron con componer una escena inmóvil reflejada con fidelidad en los espejos del pasillo. Era de noche, los padres acababan de recogerse en su alcoba, desde fuera les pidieron que apagaran las luces. «Una sorpresa», anunciaron. Y cuando oyeron el clic esperado y tras la cerradura no se filtraba la menor claridad, entraron. En procesión. Primero la doliente Joan, sentada en su simulada silla de inválida, seguida de su hermana, ilu-

minadas las dos por las llamas oscilantes del candelabro que una triunfante Bette alzaba entre sus manos. El efecto debió de ser espectacular. O deliciosamente terrorífico. Porque los padres (a los que, como sabemos, les gustaba el cine) se incorporaron al instante de la cama.

Y aplaudieron.

Las chicas se casaron. Dos matrimonios que no duraron demasiado. Bette se divorció; a Joan la divorciaron. La casa de los padres, ya sin padres, se reveló enseguida como un hogar-refugio. Allí se instalaron las dos. Pero no en el dormitorio juvenil de colores alegres. Joan escogió la alcoba de los padres y Bette una habitación que nunca había tenido, hasta entonces, una función definida. Al principio hablaron de reformas. De deshacerse de los gruesos cortinajes que interceptaban la entrada del sol, de eliminar muebles mastodónticos o de arrancar el tenebroso papel de las paredes. Pero nunca encontraban el momento y, a medida que pasaban los años, esa obligada penumbra terminó por complacerles. Estaban bien así. Fuera del mundo. Y empezaron a asomar con fuerza los recuerdos. Los tiempos en que jugaban a ser Crawford y Davis. Tiempos en que no necesitaban a nadie más para ser felices. Y se aprestaron a rescatar sombreros

y tocados de baúles y altillos. Descubrieron maravillas: vestidos de fiesta de cuando su madre era joven, muy propios de la época que deseaban revivir. Reventaron costuras, añadieron piezas, recubrieron los desperfectos con chales o flores de papel. Y se lo pasaron en grande. La vida estaba allí. En el interior de aquella casa oscura. Y mientras Joan cosía y descosía, Bette, más ducha en tecnología que su hermana, buscaba en internet todo lo relacionado con la venerada película. Anécdotas del rodaje, duelo real entre las dos protagonistas, jugarretas dentro y fuera del celuloide. Y secuelas. Series, cintas y obras de teatro sobre la relación entre las dos divas. Un día a Joan se le ocurrió preguntar: «¿Habrá más mujeres en el mundo a quienes les fascine tanto la película como a nosotras? Y si es así, ¿cómo tomar contacto con ellas? ¿Existirá algún club al que podríamos adherirnos?». Bette abrió inmediatamente el ordenador. Imaginó un encuentro entre *joans* y *bettes* de distintos países. Una excursión o una gran fiesta. Redactó con la mente una convocatoria irresistible. Y acudieron muchas. Demasiadas. Las situó primero en un autocar, luego en dos, al final en una interminable caravana. La secuencia no acabó de gustarle. Era imposible, con los vehículos en movimiento, abarcarlas a todas a la vez y, además, le había parecido detectar la presencia de una de ellas que destacaba por encima de las otras. No iba vestida ni de Bette ni de Joan, aunque quizás tuviera rasgos

de las dos. Y era extraña. La miraba con demasiado desparpajo. Con descaro, incluso. ¿Qué hacía esa mujer allí? ¿Quién la había invitado? «La imaginación es un potro desbocado», recordó, y de un cabezazo cambió la carretera y los autocares por una isla. Palmeras, cócteles de licores adornados con flores, sombrillitas de papel, frutas tropicales; camareros jóvenes tostados por el sol; música de tambores y maracas... Se olvidó de la intrusa que amenazaba la armonía del conjunto y se caló una pamelita. También otras *bettes* lucían pamelas, pero ninguna como la de ella. Enorme. Espectacular. Con un pañuelo vaporoso que se dejaba mecer por el viento. Ella sí era Bette. Las otras, unas aficionadas.

Así y todo, tal vez únicamente por curiosidad —o porque Joan, a su lado, la miraba expectante—, dejó a un lado sus ensoñaciones y tecleó varias búsquedas en la pantalla. Entró en foros y redes sociales. Nada de lo que encontró despertó su interés. «Da igual», murmuró al rato. «Tú, Joan, y yo, Bette, somos, sin lugar a dudas, las mejores.» Y tenía razón. Porque hacía ya demasiado tiempo que el juego había dejado de ser un juego. Aunque todavía no tanto para que se pudiera afirmar que las hermanas se habían convertido realmente en Bette y Joan. Aún no. Pero faltaba poco.

Probaron a intercambiarse los papeles. Sólo una vez y no dio resultado. Sucedió el día en que Joan contempló aterrada cómo su rostro dejaba de ser suyo para convertirse en el de Bette. No fue en el pasillo, ante cualquiera de los espejos a los que entonces todavía no evitaba, sino en la cornucopia del dormitorio principal, la alcoba que había pertenecido a sus padres y ella ocupaba ahora sin haber introducido el menor cambio. Se trataba de una pieza de anticuario, de marco tallado y dorado, con la luna picoteada y oscurecida por el tiempo, y dos brazos en la base con un par de velas a medio consumir. Nunca, hasta donde le alcanzaba la memoria, las había visto encendidas. Suponía que el comerciante las entregó ya así, con chorretones de cera seca que envejecían el conjunto y le otorgaban cierta solera. Pero, aquel día, las velas prendidas en una habitación en sombras producían un extraño efecto. Al principio Joan dudó de lo que estaba viendo. Y parpadeó a propósito, como si remediando la oscilación de las llamas pudiera acabar con el prodigio. Pero no logró sino el efecto contrario. A cada parpadeo, Bette, desde el azogue, venciendo manchas y huellas del tiempo, seguía observándola en silencio. Sin dejar de temblar sopló las velas y, en la penumbra, le pareció distinguir una sombra detrás de ella que se alejaba para fundirse con el resto. «¡Bette!», gritó aferrándose a su silla. «¿Eres tú, Bette?» Pero el sonido de una llave en la puerta del piso, seguido del

tintineo de una campanilla, la obligó a recorrer el pasillo hasta la entrada. Allí estaba su hermana, con la compra del día en una bolsa y la gabardina empapada de lluvia. «¡Qué día tan atroz!», dijo Bette. Y enseguida, mirándola con desprecio: «Y tú aquí, como siempre, tan tranquila».

Joan, por un momento, quiso contarle lo que le acababa de pasar, atribuir a las llamas el curioso efecto óptico, alegrarse de que Bette llegara de la calle en ese mismo instante aunque fuera chorreando, malhumorada, dispuesta a iniciar la retahíla de acusaciones habituales. O más bien por ello. Era evidente que su hermana no podía estar en dos sitios a la vez. Por eso decidió callar. Sólo faltaba que la llamara demente, loca o perturbada. Y quizás, a tenor de lo que acababa de sucederle, no anduviera del todo errada. Perturbada, loca, demente... Aunque, si lo pensaba bien, si era capaz de comprender la imposibilidad de que alguien se encontrara simultáneamente en dos lugares, todo parecía indicar que todavía discurría con lógica y no había perdido el juicio. Se levantó de la silla fingiendo un gran esfuerzo y ayudó a su hermana a quitarse la gabardina. Un gesto desacostumbrado y amable. En realidad no estaba ayudando a Bette, a la mujer madura con la que compartía vivienda, sino a la hermana menor de los lejanos tiempos del colegio en los que ni siquiera se llamaban como ahora ni, por edad, compartían la enseñanza en las mismas aulas. Sonrió al recor-

dar «bilocación», el don que poseían algunos santos de los que le habían hablado en clase de religión y que, desde luego, no podía formar parte de los atributos de Bette. Una maligna. Una mujer ante la que debía ahora recomponer su figura e inventarse una pregunta antes de que se le ocurriera sospechar. Se echó a reír. De todas las mujeres del mundo, Bette era lo más opuesto a una santa.

—Se me ocurre algo. Sería divertido, por un día al menos...

Bette arqueó las cejas. No estaba acostumbrada a que su hermana tomara la iniciativa. Y ahora Joan parecía dudar. La menor simuló un bostezo.

—Yo sería Bette y tú, Joan —dijo al fin.

Y enseguida, como arrepintiéndose de su atrevimiento:

—Por un día. Sólo por un día...

No funcionó. No podía funcionar, estaba cantado. Convertirse en Bette requería, además de arrestos, una agilidad de la que Joan carecía por completo. Bette se ocupaba de la compra, de contratar mujeres para la limpieza, de despedirlas a las pocas semanas, de llamar a fontaneros o electricistas, regatear y discutir con ellos, llevar la contabilidad y controlar los gastos. Joan, en cambio, se había acostumbrado a la inactividad, a

la dependencia de una silla de ruedas que, en un principio, no necesitaba. Pero eso era *en un principio*. Pronto el cuerpo emitió sus señales de alarma. Las piernas se debilitaron y, lejos de la silla amiga, empezó a sentir mareos o sufrir pérdidas de equilibrio. Porque desde los días en que, muertos los padres y libres de maridos, hicieron de la casa oscura su vivienda no había dejado de consultar folletos y permanecer al tanto de los modelos de silla más avanzados. Y adquirirlos. Primero manuales, después motorizados. El último fue un Libercar Aura con el que recorría infinidad de veces el pasillo sin descomponer su cara de fastidio o sufrimiento. Joan, pues, fracasó en el intento. Pero también Bette. ¿Qué hacía, de pronto, Bette renunciando a su marcado maquillaje, a la libertad de movimientos, a su poderío frente a Joan, esa mosquita muerta que la sacaba de quicio? La pantomima no duró siquiera media hora. Ambas asumieron el descalabro. Y regresaron a su verdadero ser. El papel que la película venerada les había asignado desde hacía tanto tiempo.

—Volvamos a lo de siempre —ordenó la menor.

Y buscó en un cajón el DVD desgastado por el uso.

—Venga. Empecemos. Hoy toca sesión.

Antes lo hacían a menudo. Se sentaban frente al televisor y accionaban el reproductor de vídeos. Recordar-

ban —y se emocionaban de verdad— la tarde en la que, en una sala de cine abarrotada, descubrieron a Blanche y a Jane, hermanas como ellas, hermanas que, con el tiempo, terminarían siendo *ellas*. Era el 4 de diciembre de 1963. El día del estreno. La película no estaba autorizada para todos los públicos, pero providencialmente Bette, la pequeña, aquel mismo día cumplía los dieciocho. Pudo no haber sido así, pero así fue. La mano del destino se encargó de ajustar fechas, y Joan y Bette (desconocedoras de que, desde aquella tarde, iban a llamarse Joan y Bette) entraron en la sala sin el menor problema, con todo el derecho. Recordaban también —y le daban al *Pause* para no perderse ninguna secuencia— los *tableaux vivants* que con tanta ilusión compusieron pronto en el pasillo de la casa y el efecto que su aparición, en fila india y a la luz de un candelabro, provocó en sus sorprendidos padres. Había cariño y ternura en el recuerdo. Y un lugar especial para el triciclo infantil, rescatado de los trasteros, que hábilmente convirtieron en una silla de ruedas para la inválida Joan. Siempre igual. Sentidos homenajes y vuelta a la proyección. Como se sabían los diálogos de memoria, solían decirlos al mismo tiempo que las actrices, con idéntica entonación, hasta el punto de que sus voces se solapaban y resultaba difícil distinguir quién remedaba a quién. Con los años aceleraron el metraje de algunas secuencias. No les acababan de gustar. Sobre todo las últimas. El mo-

mento en que Crawford, a punto de morir, echada en la arena de Malibu Beach, confiesa su secreto, su culpa. Y Davis reacciona con la añoranza de lo que no sucedió: «Todos estos años pudimos ser amigas». Rotundamente no. Se habían acostumbrado a ignorar ese giro final. Joan quería ser víctima. Sufría —y al tiempo era feliz— en su papel de víctima. Y a Bette, por su parte, le encantaba sentirse malvada. Una alegre, fantasiosa y despiadada malvada.

Esta sesión, a tantos años de las precedentes, no iba a resultar distinta. Pero sí más breve. Ahora eran muchas las secuencias despachadas a toda velocidad gracias a un *play speed* cada vez más desgastado, y muchos, también, los recuerdos que afloraban en cuanto oprimían *Pause* para tomarse un respiro. Aquel 4 de diciembre fundacional que terminaría transformando sus vidas, el triciclo infantil, la búsqueda de postizos y vestidos en baúles y altillos, el aplauso espontáneo de los padres sorprendidos en su alcoba... Sólo que había pasado demasiado tiempo y ya no era lo mismo. Más que recuerdos, lo que evocaban ahora eran recuerdos de recuerdos. Las veces que habían revivido el 4 de diciembre, el aplauso de sus padres, el viejo triciclo... Con una novedad. La sensación compartida de que Blanche y Jane, desde la pantalla, las imitaban.

—Y eso no es lo peor —sentenció Bette.

Luego miró a su hermana, guardó el DVD en el cajón y, negando resignada con la cabeza, concluyó:

—¡Sobreactúan!

Joan no se inmutó. Acababa de perderse en sus pensamientos. Había algo en el transcurso del día que escapaba a su comprensión. Un puzle al que le faltaba o sobraba alguna pieza. Un pequeño detalle que antes, asustada al convertirse en su hermana en el azogue, había pasado por alto. Pero ahí estaba. Las velas. No recordaba haber encendido las velas del espejo de su cuarto, ¿por qué iba a hacerlo? Y Bette se encontraba entonces en la calle, haciendo la compra, como cada día. A no ser que se hubiera encargado de encenderlas horas atrás... Aunque ¿con qué intención? ¿Con el propósito de quemar la casa?

—¡Bette! —gritó con toda la energía de la que fue capaz—. ¿Estuviste en mi dormitorio antes de ir a la compra?

Pero Bette no la oyó. Ahora era ella la que se había entregado a sus pensamientos. Y con esa sincronización que suele atribuirse a gemelos, pero que puede producirse asimismo, tras una larga convivencia, entre simples hermanos, rememoraba angustiada, ella también, una secuencia a la que no encontraba explicación. Un misterio. El día en que, tiempo atrás, imaginó un encuentro entre *bettes* y *joans*... Y apareció la intrusa. Alguien que la observaba como si la conociera bien. Entonces logró borrarla de un manotazo. Pero mucho después, a ratos, le parecía *sentir* que todavía seguía allí. Y las hermanas, una con la molesta presen-

cia y otra con el enigma de las velas, llegaron, aunque en secreto, a la misma conclusión.

No estaban solas.

Aquel día lo comprendieron y, con los años, no han tenido más remedio que asumirlo. No están solas. Para empezar se tienen la una a la otra. Y, en el fondo, se quieren. Aunque también se detestan. No se diferencian demasiado de algunos matrimonios, de algunas parejas. Son ya muchos años de vivir juntas. Tantos, que los motivos del odio han terminado por desdibujarse, pero no el reparto de papeles. Actúan como actúan porque no pueden hacerlo de otra manera. Y a ratos son plenamente conscientes. Hoy mismo, sin ir más lejos. Esta mañana, Bette, la jefa visible de la casa oscura, ha tenido un momento de lucidez. «Ningún juego es inocente», ha dicho mirando la calle a través de una ventana empañada por la lluvia. Y enseguida: «Claro. ¿Qué podíamos esperar?». Pero ¿ha sido ella quien ha hablado? Joan está al otro lado de la sala meciéndose en un balancín. A veces lo hace. Abandona esa silla que casi ha pasado a formar parte de su anatomía para dejarse llevar por el vaivén de una mecedora. Es su único ejercicio. El balanceo la pone de buen humor. Y canta. Siempre la misma canción. No hace falta recordar a qué película pertenece.

La canta mal a propósito. Con voz desmayada. Como si remedara a la Jane de la cinta y se burlara de ella. Pero canta. No ha dejado de cantar y eso quiere decir que no ha sido ella quien ha hablado. ¿Entonces? Bette repite lo que sí ha dicho: «Ningún juego es inocente». Y espera. La voz no tarda en dejarse oír. Es una voz con eco, una voz cercana y lejana al tiempo. «No hay que jugar al espectro porque se llega a serlo», suelta desde su lejana cercanía. Y, después de unos segundos, añade: «De la Kábala». Bette cabecea disgustada. La voz no sólo lanza sentencias sino que, además, se molesta en indicar las fuentes. Mira a Joan. Probablemente no ha oído nada; sigue cantando desde la mecedora con aire inocente. Se pregunta a quién odia más. Si a la mosquita muerta de su hermana o a esta voz sabelotodo que no duda en instalarse en su cerebro. Le recuerda a esos narradores omniscientes que siempre ha detestado. Fingen narrar una historia que les es ajena y en realidad se la apropian, opinan, juzgan. Y reviven momentos que los personajes han olvidado. Se creen superiores porque todo lo ven. Pero no lo viven. Aunque, bien pensado, a esta voz impertinente no le falta razón. Ni Bette ni Joan son espectros, pero sí han llegado a convertirse en Bette y Joan.

—Creo que es una mujer —dice inopinadamente Joan desde la mecedora.

¿Transmisión de pensamientos? Bette se siente in-

cómoda. Y sorprendida. Se diría que su cabeza es de cristal y cualquiera puede hacerse con sus reflexiones.

—Pero no es obligatorio. Un narrador va a donde quiere ir, ve lo que desea ver y se adjudica el género que le da la gana.

El vaivén de la mecedora arranca chasquidos del entarimado. Bette abandona la ventana. No quiere perderse una palabra de lo que está diciendo Joan. Una Joan desconocida. O no tanto. En realidad hace ya algún tiempo que se está apartando sutilmente de su rol. O introduciendo variantes.

—En caso de que fuera mujer es muy posible que, de pequeña, jugara con una hermana, como nosotras. En caso de resultar hombre es más que probable que viera a sus hermanas jugando a ser nosotras.

Algo raro está ocurriendo esta mañana. Las dos son plenamente conscientes. Joan, por primera vez en su larga convivencia, lleva con arte la batuta y Bette la escucha deslumbrada. Su hermana está en vena. Dice lo que hasta ahora ninguna de ellas se ha atrevido a decir. Verbaliza sospechas; reconoce dudas. Y sigue:

—¿Te has dado cuenta de que hay demasiados claros en nuestra historia?

Sí. Bette se ha dado cuenta. Pero la sospecha se le hace dolorosa y, cada vez que aparece, la espanta de un manotazo. Como a una mosca. Esta mañana, sin embargo, el bicho sigue revoloteando. Es cierto. Su vida no tiene continuidad. Sólo fragmentos.

—Una historia discontinua —asiente Joan—. Fragmentaria.

No hace falta hablar más. Los claros, la oscuridad, la acción. Esa serie de islotes perdidos en un océano. Aunque quizás exista una palabra clave que lo resume todo. Un concepto. Una definición.

—*Tableaux vivants* —dicen las dos a un tiempo.

Pero unos cuadros que mejor sería catalogar como «muertos». Porque una cosa es reproducir (o inventar) secuencias, congelarlas, contener la respiración y permanecer así el tiempo que les venga en gana, y otra muy distinta verse petrificadas a la fuerza, sin previo aviso. Convertirse en estatuas de sal en mitad de una conversación, de una pelea, de un momento intrascendente o, todo lo contrario, de un gran momento, el instante mismo en el que cualquiera de ellas se encuentre a punto de realizar un «descubrimiento».

—Esto no es arte —dice Bette—. Intrusión sí. Falta de respeto.

Joan asiente. Pocas veces en su larga convivencia de enemigas irredentes han estado más de acuerdo. Ellas inventaron sus cuadros. Los compusieron con minuciosidad, fieles a los modelos, sin descuidar el menor detalle. Hasta que un día el marco se les quedó estrecho y saltaron al mundo. A la vida en la casa heredada de sus padres que pronto se convertiría en su mundo. ¿Una vida? Ya no pueden engañarse. A lo sumo,

retazos de una vida. Piezas de un puzle que alguien arma a su capricho.

—¿Quién mueve los hilos, Bette?

Joan habla con una autoridad en ella desconocida. Pero la pregunta es retórica. Antes ha demostrado que lo tenía todo muy claro. Incluso se ha interrogado sobre cuál podría ser su sexo —¿Mujer? ¿Hombre?—, dato al que, sin embargo, no ha concedido excesiva importancia.

—Llámale Voz, si quieres.

Joan parece interesada en llegar hasta el fondo.

—¿Y quién da voz a la Voz? —pregunta.

Bette se encoge de hombros. Y así se queda. Congelada. Mientras, Joan la mira expectante. Con unos ojos que no ven. Unos ojos que quizás nunca vieron. Ahora todo es quietud y silencio en la casa oscura. Un cuadro muerto. Una postal rasgada únicamente por los gemidos de una mecedora que, pura inercia, sigue balanceándose sobre el entarimado.

Los cuadros se han convertido en la medida del tiempo. Ignoran *cuántos* han transcurrido desde sus últimos recuerdos, pero se sienten cansadas, muy cansadas. Como si despertaran de un sueño agotador. De una pesadilla. Están en el cuarto de Joan, el de las gruesas cortinas que impiden la entrada del sol. Aun-

que este detalle, ahora, importa poco. Es noche cerrada y hace frío.

—Podríamos estrenar los camisones —dice Bette sacando del armario dos prendas de satén envueltas en papel de seda—. Los que compré hace tiempo y mandé bordar.

En uno se puede leer la «J» de Joan. En el otro, la «B» de Bette. Cada una se hace con el que le corresponde. Son suaves, agradables al tacto. Camisones adquiridos para una ocasión especial. Hoy, por ejemplo.

—Ha llegado la hora, Joan.

La decisión está tomada. Aunque, de nuevo, ¿quién la ha tomado? No se molestan en insistir. Hoy no. La vez que llegaron más lejos —quién sabe cuántos cuadros atrás— fueron inmediatamente silenciadas. O petrificadas, que todavía es peor. Visten, pues, los camisones y se miran al espejo. La cornucopia del cuarto de Joan que un día confundió sus rostros.

—Ahora los abrigo.

Bette ha recuperado el mando y Joan se deja llevar. Como si nunca hubiera dejado de ser así. Como siempre.

—No tenemos un Lincoln Continental —se atreve a decir Joan.

—Ni tampoco Malibú está a un tiro de piedra —gruñe Bette—. Nos conformamos con lo que hay.

Llaman por teléfono a un taxi. Un taxi corriente y moliente. El conductor es un hindú que apenas en-

tiende el idioma, pero dobla solícito la silla de Joan, la coloca en el maletero y las lleva sin rechistar a una playa lejana. Cien kilómetros. Todo está calculado para que, al poco de llegar, empiece a amanecer. Hace frío. Por eso las hermanas han cubierto sus camisonos con gruesos abrigos de lana. El taxista no se ha sorprendido de su aspecto. Lleva tan poco tiempo en el país que desconoce por completo las costumbres. «Van de fiesta», concluye para sí mismo. El satén les llega hasta el tobillo y el abrigo tan sólo a la rodilla. «Aunque... ¿a una playa y de madrugada?» La dirección y la hora no acaban de convencerle. Son viejas y un tanto raras. Durante el trayecto ha encendido la radio (para no dormirse) y ha buscado una emisora con música de su tierra. No ha pedido permiso porque desconoce la fórmula. Pero una de ellas, la que va pintada como una puerta, se ha puesto a bailar desde su asiento. A contonearse. La de tez mortecina, en cambio, no ha movido un músculo y mira impertérrita hacia el frente. El chófer se pregunta si ahora le estarán observando a través del mismo retrovisor con que él las estudia a ellas. Son idénticas. Tal vez por eso una se maquilla exageradamente y la otra no. Para distinguirse. «Mantequilla en los cuernos de una vaca», murmura en su idioma. Si supiera español habría acudido a una equivalencia. «Más raras que un perro verde», por ejemplo. O habría callado, algo que le han inculcado de pequeño y que siempre resulta

más prudente. El caso es que ya han llegado a destino. Baja del coche, abre la portezuela, despliega la silla y allí las deja.

Una playa larga y desierta.

De momento es sólo una silueta lejana y oscura con una gorra rojo chillón que destaca en la neblina de la madrugada. Un hombre ligeramente encorvado, a buen seguro un buscador de tesoros que todavía no ha reparado en ellas. Las hermanas tampoco lo ven aún. En realidad, no lo verán nunca. La arena está húmeda y hace frío. Después de alguna vacilación, han optado por sacarse los abrigo. Bette ha extendido uno a modo de toalla; el otro les servirá de manta para cubrir sus camisones. Saben que no es exactamente el final que merecían. Pero ni el taxi era desca-
potable, ni se ven chiringuitos en la playa, ni tampoco, dentro de un rato, empezarán a llegar los bañistas y rodearán a Bette, como en la película. Nada será igual, pero sí parecido. Ahora son las dos las que están tumbadas y también las dos las que asumen que les queda poco tiempo. Joan en un momento, como Crawford en la cinta, se decide a confesar la verdad. O, mejor, lo intenta. En realidad ha olvidado por completo en qué podía consistir esa *verdad*. Bette suspira aliviada. Éste era el momento que más temía.

Pero ¿por qué lo temía? Tampoco ella puede recordarlo. El olvido ha instalado un muro entre las dos. Pero hay secuencias que se resisten a desaparecer. Ríen como las hermanas felices que fueron en un tiempo y se odian porque así estaba previsto que sucediese. Es una lucha de pasiones. Con una pequeña tregua. El instante en que una de las dos revive los felices domingos con sus padres jugando a «¿Y qué pasa después de la palabra “FIN”?». Aunque ahora no se trata ya de un juego sino de la única pregunta que se atreven a lanzar a la Voz. ¿Qué pasa *realmente* después de la palabra «FIN»? Cuando el rastreador de metales las descubre, están inmóviles, con la mirada perdida en las nubes y las manos entrelazadas. La mano izquierda de Joan y la derecha de Bette.

El buscador de tesoros llama a una ambulancia. «Dos viejas», dice. «Dos gemelas en camisón, en la playa y en pleno invierno.» Y, afectado por su terrible hallazgo, sigue hablando, no puede dejar de hablar: «Se diría que nada es casual, que han querido afrontar juntas sus últimos momentos. Y también que, en vida, debían de sentirse muy unidas. Están cogidas de la mano. Con fuerza. Como si no quisieran que nada ni nadie las separara».

La emoción le traiciona. Y rompe a llorar. Apenas consigue serenarse e indicar las coordenadas del lugar. Pero lo hace. Cumple con su deber de buen ciudadano. Y aguarda. Apoyado en el detector de metales,

levemente inclinado como momentos atrás, cuando esperaba rescatar joyas sepultadas en la arena, parece un pastor que vigila a su rebaño. No piensa moverse de allí hasta que lleguen los médicos, la policía, el forense o quien demonios tenga que llegar. Se saca la gorra en señal de respeto. Ellas nunca alcanzarán a saberlo, pero no podían soñar con mejor despedida. Un final, en cierta forma, inesperadamente feliz.

Aunque, tal vez, no sea del todo exacto. Quizás haya alguien (una mujer, un hombre, una voz controladora e indiscreta) en condiciones de aportar más datos sobre los últimos instantes. Alguien que no necesita viajar en la ambulancia (han subido a las difuntas a la vez; imposible despegar sus manos) ni tampoco presenciar las autopsias en la sala de disecciones. Alguien, en fin, conocedor (dada su condición de omnisciente) de que, llegado el momento de la separación de cuerpos, los responsables se las ven y desean para lograrlo. Las uñas de una perforan la palma de la otra, y la otra, como en un espejo, incrusta las suyas con igual energía en la piel de la primera. Uñas largas, afiladas. Estiletes. Uñas, a todas luces, impropias de unas viejas.

Pero hace ya demasiado que las conoce, muchos han sido los cuadros compartidos y de esa intensa convivencia ha surgido una emoción muy semejante

al afecto. De pronto siente que se vayan tan pronto. Que hayan dejado la casa oscura para acelerar el desenlace en la arena húmeda de una playa. Se han precipitado. Pero ¿han sido *ellas* quienes se han precipitado? Se encoge de hombros y, como tantas veces Bette en esta historia, aparta la pregunta de un volantazo. Podría poner punto final y desentenderse. Podría hacerlo. Volver al párrafo anterior y concluir con la palabra «viejas», las mismas viejas con las que ha iniciado este relato. La arena húmeda, sin embargo, sigue ahí. Y el conmovido buscador de tesoros con la gorra roja en la mano. Nada mejor, pues, que regresar a la playa, situarse con el mayor respeto junto al hombre y apoyarlo en silencio.

—Sí, se querían —le dirá al cabo de un rato—. Claro que se querían mucho.